

# CHULAPOS MAMBO

Juan Carlos Méndez Guédez

**CHULAPOS MAMBO**



CASA DE CARTÓN

© Juan Carlos Méndez Guédez, 2011  
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria  
© Editorial Casa de Cartón S.L., 2011

Editorial Casa de Cartón  
editorial@casadcarton.es  
www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Octubre 2011

ISBN: 978-84-938892-4-1

Depósito Legal:

Printed in Spain  
Imprenta Fareso

A los panas Israel Centeno y Rubi Guerra,  
calles y mares,  
porque allí seguimos sin estar,  
rugiendo de cebada bajo el cielo.

A Juan Manuel García Ruiz, amigo querido que me habló  
del lugar muy lejano que es uno mismo.

¡Qué fácil sería todo si él tuviera tuberculosis! O cualquier  
otra señal. Sade era rico y perverso; Baudelaire tenía una  
frente sobrenatural; Galdós era canario; Poe, alcohólico; y  
Cervantes, manco.

ANTONIO OREJUDO

...el mundo es un nido de serpientes venenosas. Lo mejor es  
ser pobre y llagado. De este modo no se concita envidia ni se  
excita la codicia ajena.

EDUARDO MENDOZA

...estaba a salvo y, si no hubiera sido por el aburrimiento,  
habría sido un hombre feliz.

TOM SHARPE

Llegaba la época en que del cielo de Madrid se descolgaba la  
galbana de los cuarenta grados a la sombra...

MANUEL LONGARES

# 1

## Gazpacho hervido

No volveré, pensó Henry y contempló el resplandor ambarino de la calle. Se puso de pie, avanzó hasta el baño, vomitó tres veces utilizando esa técnica silenciosa que había desarrollado para no molestar a sus vecinos y, luego, se cepilló los dientes. No volveré, repitió con voz segura. Encendió el ordenador. Apretó sus manos, miró hacia el techo como buscando una iluminación súbita y tecleó:

Muchos años después frente al pelotón de fusilamiento...

Respiró hondo, contempló la frase con tierno orgullo y se dispuso a seguir escribiendo. Sintió un peso en las pupilas. Para espabilarse se empujó dos dedos de vodka y devoró un chocolate con almendras que sacó del minibar. Bostezó. El cansancio de noches y noches en vela retumbó en sus sienes. Estiró los brazos, bebió otro sorbo de vodka; pensó que si entrecerraba los párpados descansaría lo suficiente como para continuar trabajando antes de que Silvio, Morella y Parménides comenzaran a llamarlo por teléfono.

Pensó con tristeza en la noche anterior. Silvio los había invitado a un bonito restaurante por la calle Segovia. Él se puso una chaqueta verde olivo y una corbata que compró en la calle Serrano. Estuvo media hora intentando hacerle el nudo; al final pagó cincuenta euros a un botones del hotel para que lo ayudase. Luego llegó al lugar, vio a Morella y Parménides ojeando la carta. Silvio murmuró que había leído en un blog que allí se preparaba un famoso gazpacho. A Henry el nombre le recordó una película de Almodóvar. Suspiró. Quería com-

portarse con normalidad absoluta para que sus compañeros no sospechasen que había decidido abandonarlos.

Durante media hora los cuatro se dedicaron a hablar pestes de Saúl Junco, un novelista a quien todos odiaban y que ahora sobrevivía cantando en el metro. Henry se entretuvo imitando una rugosa voz de barítono. Luego pidió más vino para acompañar la comida. Apenas había tomado cinco o seis botellas, pero cuando trajeron como primer plato un caldo rojizo y gélido no pudo evitar golpear la mesa con furia. Silvio lo miró con complicidad. Henry se puso de pie y rugió que ya eran suficientes humillaciones, que quinientos años después una raza oprimida exigía respeto, no había justificación ninguna para que a unos sudamericanos les sirviesen sopa helada como si fuesen animales. Morella le dio la razón, los camareros ofrecieron explicaciones vacilantes pero él exigió que les calentasen el gazpacho de inmediato o pediría el libro de reclamaciones.

Se los sirvieron en humeantes tazones de color verde. Cuando Henry sintió que se le quemaba la boca con cada cucharada le llamó la atención que los cocineros y los otros comensales grabasen la escena con sus móviles y que un par de señoras se colocasen a su lado para realizarse fotografías.

Ahora, en su habitación, quiso olvidar ese momento. LO TUYO ES LA ESCRITURA, HENRY, QUE SE JODAN, QUE SE JODAN, QUE SE JODAN CON SUS RARAS COSTUMBRES. Exhausto, recostó su cabeza en el teclado. Se hundió la punta de un bolígrafo en el abdomen para mantenerse despierto.

Se levantó del ordenador. Bebió cuatro vodkas seguidos; después, se mojó el rostro en el lavamanos y se propuso permanecer media hora en el ordenador hasta que le doliesen los dedos de tanto escribir. VAMOS, HENRY, LA NOVELA, LA GRAN NOVELA, TU GRAN NOVELA.

Soltó muchas frases sin descanso, sin pausa, y cada tanto hacía gárgaras con el vodka helado que tenía al alcance de la mano. Quería quitarse el sabor a tomate que ardía dentro de su boca.

El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo.

Tecleó con gesto exasperado. Miró el reloj y suspiró con tristeza. Leyó todo lo escrito. Asintió. Escupió en la alfombra y después borró por entero el archivo. Se asomó a la ventana. Los edificios le parecieron de un lujo inaudito. Todos, especialmente el edificio que se encontraba frente a su hotel. Todos, excepto un edificio color ocre que se encontraba a su derecha y que semejaba la piel de un moribundo.

Henry abrió los brazos como para absorber la brisa entera de Madrid y disipar la pesadilla, el ridículo vivido la noche anterior cuando antes de acostarse comprobó en Internet que aquel asqueroso gazpacho debía beberse frío.

Un aire espeso vibró dentro de sus pulmones. De nuevo se le revolvió el estómago y sintió un gato saltando en sus costillas. Se asomó al balcón, volvió a vomitar pero con un estilo tan grácil que Henry supuso que si alguien pudiese mirarlo supondría que padecía un ataque de tos.

En el edificio de enfrente, Alejandro acariciaba la pared de su ático; contemplaba su Barceló, su Tàpies, pensaba en la rotundidad de ese *Ferrari* que ocupaba su plaza de aparcamiento, palpaba la escultura de Brancusi que había adquirido en una subasta, y poco a poco se iba llenando de una felicidad infinita hasta que descubrió a un hombre vomitando en la planta sexta del hotel. Se echó hacia atrás, como si a pesar de la distancia temiese salpicarse. Arrugó el entrecejo y maldijo apretando las mandíbulas.

La imagen de ese hombre mestizo, barrigón, arrojando litros de un líquido viscoso, le amargó sin remedio el principio del día. Imaginó que su mano era una pistola y fingió disparar dos veces sobre el rostro del impresentable.

Alejandro tenía ocasionales fantasías homicidas. Unas cinco, seis veces a la semana. Con olvidadizos clientes, con conductores lentos, con nacionalistas canarios, con incumplidos textileros, incluso con ese alcalde idiota que cada tanto lo amenazaba por el minúsculo asunto de unos terrenos que él se negaba a devolver.

Suspiró y se colocó una corbata oscura con un murcielaguito muy pequeño dibujado en uno de sus bordes.

Volvió a suspirar.



El caso de su esposa Candelaria era totalmente distinto. Tan solo alcanzaba a imaginar que ella sufría una llamada religiosa y que después de realizar un voto de pobreza se retiraba a un lejano convento, rodeada de infranqueables montañas, ríos, cascadas tumultuosas. Así, él se transformaba finalmente en un hombre pleno, libre. Pero cada amanecer Candelaria abría los ojos y repetía esa frase que Alejandro odiaba con todas sus fuerzas:

—Buenos días te dé la Virgen, mi niño. ¿Quieres que desayunemos gofio con leche?

Y esa mañana, después de escuchar una vez más la voz de su esposa, de comprobar que nunca se marcharía a un retiro religioso, Alejandro respiró hondo y volvió a tropezar con la imagen de ese tripudo que vomitaba sobre la calle.

Con el puño aplastó una hormiga que caminaba por su terraza. Tengo que hacer algo, tengo que inventar algo para alejar a esta mujer, pensó.

La luz de la mañana saltó sobre la habitación. Simao se frotó los ojos. Contempló la ciudad: sintió que desde sus contornos volaba un aire triste, seco, vidrioso. En uno de los edificios que se veían desde su ventana contempló a un hombre que daba un puñetazo en el balcón.

Miró la hora. Las ocho. Se le había hecho un poco tarde. Miró a Yasleitz y le dio un beso. Lástima no poder desnudarla en ese preciso instante porque en el colchón de al lado dormían su hermano Eugenio y su cuñada y un poco más allá roncaban su padre, su mamá y hasta el envejecido Tarzán, que cada tanto movía su cola como si espantase una mosca.

Simao caminó hasta el baño y se cepilló los dientes mientras silbaba el Concierto para viola de Bartók. Lo hizo con prisa; su trabajo se iniciaba en pocos segundos. Llegó al minúsculo salón. Tomó el bate de béisbol; se concentró y después de contar hasta diez, comenzó a darle feroces golpes al suelo. Uno, dos, tres, cuatro. Descansó, luego otros cinco golpes. Volvió a descansar. Otros seis golpes. Abajo escuchó los alaridos y maldiciones de la señora Mary Carmen. Golpeó con más fuerza. El sudor le cayó por la frente. La mujer continuó gritando y soltó un llanto histérico y furioso.

Simao regresó a la ventana. Distinguió a un hombre que vomitaba en uno de los balcones del hotel de enfrente. Parecía llevar un buen rato en ello a juzgar por el rastro que iba dejando en la acera: una isla color ocre que crecía hacia el asfalto.

Buena idea, no se me había ocurrido, sonrió jubiloso. Se asomó lo más que pudo en su propia ventana y apuntó a las macetas de la señora Mary Carmen. Hundió su dedo en la garganta pero aunque experimentó un par de arcadas no pudo vomitar. Anoche no había cenado.

Escupió un par de veces y acertó en los girasoles de la vecina. Algo es algo, pensó.

## 2

### La sangre de un genio

Henry no deseaba tropezar con Silvio hasta el último instante. Pidió el desayuno por teléfono, pero cuando contempló la bandeja con los huevos, el jamón y las tostadas, su estómago se apretó como una bola de billar. Decidió que debía tomar un poco de aire fresco. Se puso una camisa de lino, unos pantalones de lana y bajó a la calle.

Frente a la rotonda se detuvo un buen rato. Le gustó el ruido de la fuente. Le pareció que un pequeño arco iris parpadeaba en el fondo del agua. Cruzó la calle. Entró en un bar. Pidió un jugo de naranja y bebió un par de sorbos. Su estómago se removió inquieto pero soportó la prueba.

Un hombre con un bate de béisbol se colocó a su derecha y pidió varios sándwiches. Henry apenas le prestó atención. A su izquierda otro hombre con una corbata que llevaba estampada un pequeño murciélago pidió café. Nuestro protagonista miró el dibujo del animal. Le pareció una figura simpática. ¿Dónde las venderían? Tenían pinta de ser muy costosas. Podía comprarse una docena.

Cuando decidió marcharse, Henry coincidió con los dos hombres en la puerta. El de la corbata lo miró con aire de superioridad y lo echó hacia un lado con el hombro. Comemierda, pensó Henry pero no abrió su boca para reclamar. El del bate también se le adelantó y cuando Henry intentó apresurarse para salir empotró sus labios contra la punta del bate.

Henry tomó un par de servilletas y se limpió las dos gotas que brotaron de sus encías. Jodido mundo, qué fácil es para los brutos derramar la sangre de un genio.

Regresó al hotel. Vio a Silvio, Parménides y Morella pagando las habitaciones y recogiendo su equipaje.

—Pero bueno... ¿Sabes la hora que es ya? Tenemos que ir corriendo al aeropuerto —rugió Silvio ataviado con un sombrero cordobés rojo.

—Necesito hablar —musitó Henry tratando de no mirar el color de ese sombrero que le recordaba el gazpacho de la noche anterior.

—Luego —murmuró Silvio rechinando los dientes.

—No, compañero, no puede ser. He tomado una decisión.

—Déjate de pendejadas y busca tus cosas. Tenemos que preparar el informe de las actividades, y hay que planificar el próximo evento internacional al que seremos invitados. Y también hay que preparar otro evento para Jorge Ceramiga; acaban de darle el Premio Nobel de literatura esta mañana.

—Silvio, es que... yo me quedo. No me voy de España.

—¿Qué carajo dices? —masticó Silvio las palabras y aproximó su rostro al de Henry—. Tú eres mi apuesta personal. Este era un evento de novelistas jóvenes y te propuse desde el principio.

—Lo sé, Silvio, te lo agradezco.

—Y tú, Henry, no has publicado hasta la fecha ni una jodida novela y yo insistí en que eras la persona adecuada, porque aunque no has escrito nunca una novela seguro lo harás en el futuro. Dije eso, que contigo combatíamos la burguesa tiranía de lo real...

—Silvio, me siento halagado. Escritores que hacían novelas había muchos, pero ninguno te ha sido tan fiel como yo. Piensa que sin intención ninguna fui quien dejó abierta la puerta de tu casa y eso permitió que no tuvieses que seguir pagando enfermeras para el Alzheimer de tu padre.

—Mi pobre padre... Espero que dónde esté...

—Y también fui yo quien declaró a la policía que aquel amigo de tu ex esposa se había clavado él mismo un cuchillo cuatro veces para acusarte de intento de homicidio.

—¿Para qué hablar de eso, Henry? A nosotros solo nos importan el futuro y sus glorias. Nunca el pasado o la miseria del presente.

El rostro de Silvio adquirió un tono encarnado, sanguíneo. Henry pensó que le podía dar un infarto. Buscó un vaso

de agua y se lo puso entre las manos. Silvio se frotó el rostro con el sombrero cordobés.

—Tú eras mi apuesta.

—El evento entero fue una apuesta tuya. A Morella le cambiaste la fecha de nacimiento para que pudiese asistir y hasta le costeaste un refrescamiento facial a cargo del ministerio; a Parménides le publicaste una primera novela inconclusa con la excusa de que Kafka también lo hacía, pero Parménides solo había escrito diez páginas en las que describía una ciudad donde no llega a aparecer ningún personaje; y tú, Silvio, tú no eres novelista, y sin embargo estás aquí.

—Vine como representante del Estado, tenía que velar por el buen fin de la actividad —contestó Silvio con voz asmática.

—Sé que hiciste verdaderos esfuerzos por ahorrarle recursos al ministerio, por eso alquilaste solo una habitación para ti, Morella y Parménides, y para esas quince bielorrusas vestidas de Cid campeador que los visitaban en las madrugadas con látigos y muñequeras de clavos. Eso hay que reconocerlo. Pero ustedes tres apenas salieron de la habitación y casi no aparecieron por el evento.

Silvio boqueó como un pez fuera del agua y apretó el brazo de Henry.

—A ver, a ver, que eran rusas de Stalingrado interesadas en aprender español... Pero si eso se malinterpreta me puede costar una reprimenda del ministro —se quejó.

—Debes seguir creyendo en mí, Silvio. Soy más útil desde acá. Mi valor se multiplica si estoy fuera. Desde Europa mi voz será más rotunda a la hora de defenderte de los enemigos del Proceso quienes inventarán calumnias sobre el modo en que te gastabas los viáticos.

Henry hizo una violenta inspiración y se rascó las fosas nasales como si tuviese dentro de ellas un trozo de vidrio.

—Bueno... —pestañeó Silvio, como poseído por una repentina lucidez—. Puede que tengas razón...

—La tengo. Eso puedes jurarlo —murmuró Henry—. Piensa que es necesario neutralizar a gente como Saúl Junco. En España nos sobran los enemigos...

Los dos hombres se abrazaron con frialdad.

—Oye, ¿y los libros de la Biblioteca Patriótica? Eso ya te lo pagamos. Y tienes que entregarnos cuatro títulos. El propio

Comandante anunció que aparecerían sus más selectos pensamientos —murmuró Silvio con ojos ansiosos.

—No te preocupes. Están casi terminados.

Henry saludó desde lejos a los otros novelistas. Prefería no darles mayores explicaciones y el nuevo rostro de Morella cada vez le parecía más repulsivo. El tratamiento rejuvenecedor le sembró la cara de acné. Para curar esos efectos, Morella se colocó una crema que logró secarle la mitad izquierda del rostro y dejarle la mitad derecha grasienta como la de una quinceañera. Después, para acentuar el efecto y convertirse en la más joven novelista hispanoamericana de cincuenta y dos años, la mujer se llenó la nariz, las cejas y la boca de brillantes piercings que nunca llegaron a cicatrizar, por lo que alrededor de cada uno de ellos chorreaban hilos pustulentos y crecían granos de color verde.

Asqueado, nuestro personaje salió a la calle. Ahora a escribir, a poner las tripas en lo que haga, a dedicarme tan solo a lo que me interesa, pensó.

El entusiasmo le duró pocos minutos. Se sintió amargado al recordar que debía concluir los libros de la Biblioteca Patriótica por los que le habían pagado tanto dinero. Resignado decidió que trabajaría en ellos una hora al día y el resto lo dedicaría a sus propias novelas. Lo pensó en plural; acababa de comprender que una OBRA en mayúsculas debía tener muchas novelas. LA OBRA, MI GRAN OBRA, YO Y MI TRASCENDENTAL OBRA.

Se sentó en un banco de madera. Le gustaba esta zona. Ya sabía que el barrio de Salamanca era el más caro de Madrid y que la calle General Juan de Yepes era una de las más lujosas, pero la tarjeta dorada que le habían dado en el ministerio podría soportar mucho tiempo esos gastos. Después él conseguiría dinero con sus libros; suficientes euros para seguir viviendo en un lugar así.

Al otro lado de la calle un mulato vestido con una camiseta y sandalias rotas se detuvo para beber un botellín de agua. Henry lo miró unos segundos y se distrajo porque sintió que el cerebro se le llenaba de aire. Inclínó su rostro; contempló sus zapatos. Le gustaron. Miró sus pantalones. También le gustaron, pero descubrió que el malestar de la resaca iba en aumento. El mundo crujió en su cabeza. Sintió hormigas reco-

rriendo sus piernas y le pareció que le ardía la piel de los muslos. MI OBRA. MI GRAN OBRA. MI GRAN NOVELA. SI AHORA ME DA UN INFARTO NO PODRÉ HACER MI OBRA. Trató de ponerse en pie pero sintió que el cerebro le flotaba en un pozo. Se sentó una vez más. Respiró hondo pero el aire le pareció seco, áspero.

A su lado distinguió al hombre que le había roto la boca en el bar. A Henry le habría encantado reclamarle, insultarlo, pero no tenía fuerzas.

—Oye, ¿te pasa algo? —le dijo el del bate de béisbol.

—No sé. Un malestar. Un calor muy fuerte en las piernas.

—Ah... —dijo el hombre dando golpecitos en el suelo con el bate—. Es por los pantalones que llevas. En verano no se usa esa tela. Te estás cocinando vivo. ¿No eres de aquí, verdad?

—Tuve un bisabuelo vasco y otro extremeño, pero en verdad me siento heredero directo de la inconquistable raza de los Incas, los Aztecas y los...

—Ya, ya... —dijo el hombre del bate—. Reconozco tu acento, paisano. Yo al principio también me vestía de cualquier manera. Quítate esos pantalones y te sentirás mejor.

Henry hizo un gesto de asentimiento. Prefería no conversar demasiado con las personas de su país que vivían en España. El noventa y ocho por ciento eran traidores, podridos oligarcas, blanda escoria poseída por la ignominia, la sodomía, el individualismo y el espíritu de la traición.

—Me llamo Simao —el hombre colocó el bate en el suelo y extendió su mano para presentarse.

Henry lo saludó gélidamente. Las piernas le temblaban como si le estuviesen encajando agujas en los huesos. Simao le comentó que si no tenía pantalones adecuados él podía prestarle alguno. Henry apretó los labios agradeciendo con escepticismo la oferta. Tal vez era un espía. Son así de agradables, de simpáticos. Ahora me invitará a comer y me ofrecerá un paseo por la ciudad, pensó, pero en ese instante Simao se colocó un papel periódico en la mano y recogió tres mierdas de perro, luego miró hacia el edificio espantoso que arruinaba la espléndida visión de la calle y apuntando, lanzó los tres fétidos trozos a un balcón donde una anciana intentaba regar unas flores.

—Ahora te traigo ropa —dijo Simao al tiempo que se sacudía las manos—. Espérame aquí, o mejor métete en el bar y pide un refresco.

La anciana largó varios alaridos y puteadas. Tenía un rostro anguloso, la boca reseca y en su cuello oscilaba un crucifijo. Simao le gritó varios insultos y luego soltó una carcajada feroz.

Detrás de Henry, un *Ferrari* se deslizó por la calle como una flecha.



### 3

#### *And I try and I try and I try*

La mañana comenzaba difícil.

Alejandro aceleró la velocidad de su coche. Cuando sonó el móvil supo que era ella. Un sexto sentido. Un inútil sexto sentido que le servía para adivinar segundos antes de mirar la pantalla que Candelaria deseaba hablar con él. Qué querías, mujer, qué pasaba tan temprano. Y ella contó detalles sobre una mercancía que debía llegar hoy, y él que ya, ya, ya, hablarían luego, mujer, pero Candelaria insistía, la perdonaras, sí, pero también deseaba preguntarle algo, el confesor le había dicho que los murciélagos podían ser figuras diabólicas, que a lo mejor podía estar mal que la empresa tuviese un logo con un animal satánico. Y Alejandro que se quedara tranquila, los curas exageraban siempre, además, ¿qué pretendía ella?, ¿cambiar la marca y el logo justo ahora cuando ya cotizaban en bolsa, cuando tenían encargos del mundo entero? Y ella que no, no era eso, pero tal vez deberían, no sé, pensárselo un poco y mirar si... Alejandro suspiró impaciente. Mujer, los murcielaguitos los estaban haciendo muy ricos a los dos, ¿vale?, que el cura y ella dejaran en paz a esos animalitos, ¿o es que Candelaria creía que él iba a cambiar toda la mercancía para ponerle un rostro de la Virgen?

Alejandro se alegró cuando Candelaria colgó furiosa el teléfono. Vaya mierda con esos curas, con esas gilipollices. Su esposa que era tonta y el confesor que la ponía más torpe.

La mañana comenzaba difícil, pensó de nuevo. Primero ese hombre vomitando en el hotel, luego un idiota en el bar intentando cortarle el paso de la puerta, luego la imagen de un

tío cutre y grasoso sentando en un banco con unos pantalones de lana.

Alejandro encendió un cigarrillo. Le gustaba ese sonido inicial del mechero quemando el papel. Era lo que más le gustaba. Luego se aburría y el sabor del cigarrillo podía parecerle apestoso.

¡Joder, se cagaba en todo!, los tres tipos impresentables que había visto en la mañana eran la misma persona, el del vómito, el del bar, y el de los pantalones de lana en pleno julio. Vaya personaje. ¿De dónde habría salido? Si seguía llenándose el barrio de mamarrachos como ese lo mejor sería contratar a un par de tipos para que les dieran una paliza y los espantaran. La culpa debía ser del edificio cutre que quedaba en la calle. El edificio amarillento y casi abandonado. Ojalá pronto lo reformaran. Según averiguó había un proyecto en marcha pero por algún motivo no terminaba de arrancar.

Alejandro aparcó su *Ferrari* y subió a la oficina. Su secretaria le leyó la agenda del día y el jefe de comercialización le pidió que revisaran las cifras del último mes. Todo parecía en orden. El crecimiento de las ventas continuaba y cada vez recibían más peticiones de gente interesada en gestionar tiendas de la franquicia. Alejandro pidió que llamaran a la agencia de publicidad porque deseaba lanzar una campaña feroz para el otoño. Él lo sabía, estaban lejos del techo, con todo y la crisis podían crecer más, mucho más.

La secretaria le anunció que una monja solicitaba entrevistarse con él para solicitar donativos. ¿Tenía cita? No. ¿Tenía la agenda del día algún hueco? Esa hora estaba vacía, señor Alejandro. Que pasara por esta vez, pero que nunca más lo molestasen por motivos semejantes, ya tenía suficientes curas, monjas y rezos en casa con su esposa. Muy bien, señor Alejandro.

La monja entró con pasos inseguros. Le dijo un nombre que él no escuchó y trató de mostrarle unos folletos y unas fotografías. Alejandro la detuvo con un gesto. A él le encantaban las buenas acciones, que no perdiese su tiempo convenciéndolo, que le dijese de una vez qué cantidad necesitaban. La monja musitó una cifra y Alejandro soltó una carcajada. Hermanita, si él pudiera largar tanta pasta no tendría esta empresa, no habría murcielaguitos en las gorras, en las camisetetas, en los calcetines, en los calzoncillos y en las bragas de

medio mundo. Recalcó la palabra bragas y la monja bajó sus azules ojos y contempló la moqueta. Tenía un rostro luminoso: podía parecerse a Nicole Kidman pero con los labios más gruesos.

Hermana, eso era mucho dinero. Él apenas comenzaba a crecer como empresario. Se había equivocado. La monja pidió disculpas e hizo un gesto como para levantarse. Alejandro la detuvo alzando su mano. Se le ocurría una idea, hermana. Quizás si ella le mostrase las tetas él podría dar una cierta cantidad. La monja se tapó la boca con las dos manos. Tampoco era tan difícil, hermana, él sabía que las monjas tenían tetas, Dios no se casaría con ellas si no tuviesen teticas, ¿eh? Qué aburrimiento, y a lo mejor las de ella estaban particularmente deliciosas.

La monja se puso de pie y Alejandro se colocó a su lado. A ver esas teticas, a ver, a ver... Las manos de Alejandro alzaron el hábito: primero aparecieron unas piernas tersas y largas, luego unas nalgas jugosas, y luego saltaron dos pechos gigantes. La monja le advirtió que se portara bien, que no fuera malo, que pensara en lo que iba a hacer y él se lanzó sobre los pezones para chuparlos con avidez. Luego tomó la mujer por la cintura, le dio la vuelta, la apoyó sobre el escritorio y al ver el trasero brutal, sólido como una roca, comenzó a sodomizarla mientras ella gemía y movía las caderas como una licuadora.

Alejandro acompañó cada embestida con caballunos jadeos y susurró un par de veces que estaba cambiando de opinión, sí, sí, tal vez, tal vez le ofrecería el donativo, sí, sí, tal vez, a lo mejor la ayudaba a su buena acción, sí, sí, tal vez. Así. Así.

Luego, al correrse dentro de ella mordió el velo con temblorosa insistencia y le dio un beso en la espalda.

Cayó sudoroso sobre el sofá. La monja se vistió en pocos segundos. Alejandro la miró con lentitud. Le hizo un guiño cómplice con los ojos y le abrió la puerta cuando se marchó. Después tomó el teléfono. Willy, que no había estado mal, buen fichaje, la verdad, pero se notaba que no era monja, tenía un tatuaje en la espalda, allí justo sobre las nalgas, un tatuaje muy bonito, pero él no se imaginaba a las monjas con una boca de los Rolling Stones pintada en la piel. Que lo llamaría al final de la semana a ver qué novedad le tenía.

Miró un rato por el ventanal. Se estremeció de placer al ver los edificios vibrantes bajo el sol de la ciudad. Qué lejos quedaba su vida anterior. Pidió que le trajeran informes sobre las posibles franquicias en Canarias. Quería mirar eso con serenidad. No permitiría sembradores de patatas llevando sus productos en las islas. Se estremecía de asco pensando que alguien con un rostro encarnado como el de sus padres apretase con manos callosas sus murcielaguitos.

Sonó su móvil y contestó la llamada con aburrida serenidad. Un alcalde que lo perseguía desde hace meses lanzaba gritos e improperios para amenazarlo. Le exigía que devolviese de inmediato unos terrenos que habían colocado a su nombre desde el ayuntamiento. Alejandro soltó una risotada, mejor se tomara una tila, hombre, que recordara que él había comprado esos terrenos, que mirara los documentos, que todo estaba en orden, que si él regresaba esos terrenos pensarían que era un testaferro del alcalde y todos los concejales irían a la cárcel. Que se fuera a tomar por saco.

El alcalde volvió a amenazarlo. Gritó que sus razas eran muy distintas pues seguro el acto más heroico de los ancestros de Alejandro había sido perseguir un conejo entre plataneras y guisarlo en homenaje al Caudillo, mientras que el bisabuelo del alcalde y su familia resistieron en el Alcázar de Toledo la embesitada roja y pelearon para salvar a Occidente. A él no le importaba sacrificarse solo por machacarlo.

Alejandro cortó la comunicación. Gilipollas. Ya se le pasaría el cabreo. Siempre la gente terminaba resignándose. Y además ese hombre era tan feo; tenía una sola ceja atravesándole el rostro, como una herida. Y la fealdad siempre debía ser ignorada, aunque obtuviese todos los años mayoría absoluta en un ayuntamiento de mierda de un perdido pueblo de mierda.

Fumó un cigarrillo. Recordó feliz a la mujer que acaba de marcharse de la oficina. Suspiró. Luego pensó en el olor del conejo al salmorejo que preparaba su esposa y se le revolvió el estómago. Qué sencilla sería la existencia sin Candelaria. La llamó por teléfono. Ella contestó con voz adormilada. Vaya mierda, seguía sin encerrarse en un convento.

## 4

### Fotografías rusas

La mañana cuando subí a buscar los pantalones para Henry, la vieja Mary Carmen no apareció en la escalera. Supongo que se había asustado al ver los tres mojones en su balcón, machacando sus plantitas, volviéndole la ropa una porquería. A veces le entraba el miedo pero pronto recobraba fuerzas; como si el odio la alimentara. Hay gente que es así; el odio es como una gasolina que los empuja. Mary Carmen parecía de hierro; aguantaba todo. Seguro comió clavos en la guerra. No había nada que yo no le hubiese hecho y, sin embargo, cada vez que tropezaba con ella tenía fuerzas suficientes para ponerse firme, apretar los labios y soltarme un salivazo amarillento que casi nunca me acertaba de lleno. En el fondo yo había terminado de tomarle cariño: mi trabajo era espantarla de la casa de renta antigua en la que sus familiares y ella habían vivido durante cien años. Su trabajo era resistir y no devolver la casa al dueño del edificio que me había contratado. Cada quien estaba haciendo su tarea.

Cuando llegué al apartamento, mi madre discutía con Yasleitzi por un trozo de queso que había desaparecido. Se lanzaban gritos y luego mamá tiró un par de tazas que mi esposa esquivó con un gracioso movimiento de sus caderas.

Mi hermano y mi padre leían un periódico buscando trabajo. Alguno de ellos pidió a las mujeres que bajaran la voz porque no podía concentrarse.

Busqué en las maletas algún pantalón que pudiese servir. Encontré unas bermudas. Eran perfectas. Las guardé en una bolsa porque eran de Eugenio y quizás no querría prestarlas. Mi hermano es poco solidario. No se parece a mí que soy el mejor de la casa.

Cuando regresé al salón, Yasleitzki había lanzado al suelo a mamá y le hundía los tacones en la espalda. Le acaricié la cabeza a mi vieja: Hay que tomarse la vida con calma, le susurré. Luego le pedí que por favor dejase de discutir con mi esposa, no era natural que la odiase tanto.

—Mi padre siguió mirando el periódico con Eugenio.

—No pierdan la vista de esa manera. En ningún lado van a encontrar el trabajo que ustedes quieren. No existen avisos que digan se solicita hijo de dueño de arruinados negocios de hostelería, o se solicita dueño de arruinados negocios de hostelería.

Mi padre me lanzó un zapato. Apenas me rozó, pero me di prisa en marcharme. Tarzán acababa de ladrar dos veces. No sabe uno cuando un perro viejo se levanta y te pega un mordisco.

Tarzán tenía dieciocho años al lado de mi padre. Era su mejor amigo y durante mucho tiempo se especializó en mastigar pantorrillas de ladrones, de personas que no deseaban pagar una cuenta, de inspectores de sanidad, de hijos que intentaban sustraer alguna calderilla de la caja registradora. Apenas se salvó mi madre. O casi. La mordió solo una vez. Mi padre tuvo un desmayo al comprobar que un empleado había trabajado diecinueve minutos menos de las que le correspondía y mamá trató de reanimarlo con bofetadas. Papá tardó un buen rato en volver en sí, y Tarzanito se despachó a gusto con los muslos de mi madre, que por fortuna tenía la piel deteriorada así que nunca se notaron las cicatrices.

Creo que a mi padre le habría gustado tener un hijo como Tarzán: tranquilo, sereno, fiel. Tarzán no se despegaba de los pies de papá. Desde el día cuando llegó a nuestra antigua casa frente al Caribe, pasando por la breve pasantía portuguesa, y ahora en este infierno de Madrid, Tarzán seguía oliendo los pies de mi padre y vigilando que nadie le jodiese la vida.

Se cuidaban el uno al otro.

Cuando meses atrás descubrimos que se estaban agotando los pocos ahorros que papá había podido salvar y que sirvieron para hacer aquella carnicería en Oporto, Eugenio propuso matar al perro y que vendiéramos su carne mientras conseguíamos un crédito para salvar el negocio. En Corea la carne de perro es muy apreciada, justificó, pero apenas pudo

terminar la frase porque papá tomó mi bate y aunque el viejo siempre había odiado el béisbol esa noche sacudió cinco jonrones sobre las costillas de mi hermano.

Confieso que ese problema financiero me conmovió mucho. Pude apreciar el lado más dulce de mi padre: la huida a medianoche abrazando a su pastor alemán, el sigilo mientras nos escapábamos a España para que nadie tuviese otra vez la idea de vender su mascota. También pensé que teníamos dos años huyendo y que cada vez éramos más pobres. Como si cada viaje nos consumiese. Al menos cuando volamos a Europa pudimos alquilar una casa, montar la carnicería, intentar una vida normal y comernos los poquísimos ahorros que quedaban en el banco. Ahora ni eso.

Me sentí un poco triste.

Pero entonces recordé que pensaba ayudar al idiota de los pantalones. Sabría luego su absurdo nombre, solo que en ese instante pensaba en él como el pringao de los pantalones de lana, y bajé para echarle un cable y comprobar si podía sacarle unos euros.

Lo vi dentro del bar bebiendo un zumo de naranja y cuando me senté a su lado respiré hondo. De algún lado me llegó un imposible olor marino. Me sucedía a veces. Le pregunté al tipo si no se había dado cuenta de que el mar viaja con las personas; que aquellos que hemos crecido al lado de una costa siempre la llevamos con nosotros. Movié la cabeza. Es una idea interesante, dijo, podría salir un cuento de allí. ¿Un qué?, le pregunté. Un cuento, insistió él y cuando quiso hacerme una definición del género le dije que había estudiado Arte en la Universidad, que en otra época leía mucho.

—¿Conoces un libro llamado *Los cien años de Artemio*?

Me miró con los ojos abiertos. Una mirada infantil, implorante. Confieso que me pudre la gente mayor que pone esas caras. Le dije que no. Me pareció que una casa se le derrumbaba encima. Lo vi sacar pecho y comentar que él era el autor de ese volumen.

—Tengo tiempo fuera —comenté.

—Se publicó hace poco. Por eso no lo conoces. Es un libro muy bien valorado. Se agotó. Hicieron una edición de miles de ejemplares y ya solo quedan los que yo llevo en mi maleta. Ahora en el país se lee mucho y se nos valora a los

autores nacionales, a los que interpretamos de verdad el poder popular y el sentir profundo de las verdaderas raíces...

—Claro, claro —suspiré y le señalé los servicios—. Pruébate los pantalones.

Henry comentó que no era necesario, que tenía ropa en su hotel, pero que agradecía mucho mi gesto. Luego me preguntó si podía acompañarlo y tomarle unas fotografías. Él pagaría bien. Le expliqué que yo amaba a Cartier Bresson; a Man Ray; a Berenice Abbot; que podía citar de memoria trozos enteros del ensayo de Barthes sobre fotografía, pero que a pesar de mi pasión contemplativa por esos genios apenas conocía nada de fotos.

Henry insistió.

Calculé que a Mary Carmen podía venirle bien que yo desapareciese un rato. Quizás hasta se haría la ilusión de que yo me encontraba fuera de la ciudad. Y yo siempre estaba buscando tropezarme con unos euros. Incluso trabajando. Los necesitaba a muerte. Y además podría comprarle un regalo a Yasleitz, mi caramelito del trópico que sufría hacinada en esa casa, durmiendo en ese colchón donde debía oler las flatulencias de mi hermano, mis padres, mi cuñada y hasta de nuestro anciano perro.

Subí a casa y comenté que tenía negocios pendientes. Todos rieron. Eso nos une mucho en la familia. Machacar a cualquiera de nosotros. Cuando veo que estamos muy distanciados siempre procuro joderle la vida a mi padre o a mi hermano y el resto me acompaña. Así volvemos a sentirnos a gusto.

Henry me esperaba en la puerta del hotel con una cámara y una bolsa. Tenía unos vaqueros y una camiseta de marca. Me mostró un papel en el que me indicaba varios puntos de la ciudad. Lo normal: Puerta del Sol, Plaza Mayor, Puerta de Alcalá, Cibeles, Plaza de Oriente...

Le dije que debía pagarme el metro si quería que lo acompañase. Comentó que no era problema. Pensé un rato en cómo seguir la ruta que él proponía y decidí que lo mejor era comenzar por la Puerta de Alcalá y luego ir subiendo.

El sudor nos empapaba la espalda. Me ardían los brazos, el cuello. Cuando nos bajamos el sol caía como un cuchillo sobre las calles. Henry me explicó que lógicamente deseaba



salir él en la foto pero resultaba indispensable que también se distinguiera muy claramente la Puerta de Alcalá. Luego lo vi sacar de la bolsa un abrigo, una bufanda y un gorro de olor áspero y crujiente.

Le hice varias fotografías. Me exigió prisa porque se estaba sintiendo indispuerto. Pero claro, ¿no recuerdas lo que te sucedía con el pantalón de lana?, susurré. Henry me ignoró. Se quitó la ropa y miramos las fotos en la cámara digital. Henry borró las últimas pues se notaba el sudor cayéndolo a chorros por la cara.

Caminamos hasta Cibeles y volvió a vestirse. La gente nos miraba. Una luz cristalina saltaba entre nosotros. Le pedí que entrásemos a un bar a beber algo, dijo que no, que mejor continuásemos.

En Sol me pidió todavía más velocidad. Apenas parecía coordinar sus palabras y las manos le temblaban. Cuando llegamos a la Plaza Mayor y se enfundó el abrigo y la bufanda, sus ojos parecieron vibrar dentro de su cara, luego abrió la boca y extendiendo los brazos lo vi desplomarse como un árbol viejo.

Así no me tomes fotos, murmuró segundos antes de quedar completamente desvanecido.

## 5

### La lluvia de Madrid

Necesario es aclarar a los lectores que el desmayo de Henry no tuvo consecuencias graves. No se trataba de un golpe de calor, tampoco un infarto. Digamos que la resaca, la fatiga, las emociones por su nueva vida, y los sesenta grados centígrados de calor que acumuló su cuerpo cuando insistió en colocarse el abrigo y la bufanda, le produjeron un pequeño mareo. Pero Simao no podía saberlo. Creyó que Henry agonizaba y que moriría sin pagarle, así que desesperado se fue a los bares y negocios de la Plaza Mayor. En uno de ellos le dieron un botellín y cuando regresó a toda prisa encontró a Henry rodeado de varias personas. Le mojó el rostro, le dio a beber y cuando quiso quitarle el abrigo y la bufanda se dio cuenta de que ya no los tenía.

—Estoy bien, estoy bien —murmuró Henry—. Unas personas muy agradables me ayudaron.

—¿Qué gente? —preguntó Simao.

—No sé, un grupo. Ya no los veo. Había un chico.

—¿Y tu gorro, y la cámara fotográfica, y tu monedero?

Simao se dio cuenta de que no podría cobrar su dinero así que se lanzó sobre un muchacho de cuerpo quebradizo que permanecía silencioso en una esquina.

—A ver —dijo retorciéndole el brazo—, la cartera del señor que acaba de desmayarse.

—Sudaca asqueroso —gritó el muchacho

Varias mujeres con largos cabellos aparecieron de la nada. Le dieron empujones y arañazos a Simao, quien abrió los ojos asustado y estuvo a punto de salir corriendo. Jamás le había gustado participar en una pelea que no estuviese seguro de ganar.

—Sudaca de mierda —insistió el chico.

—Vamos a ver —dijo Simao sin soltar el brazo del muchacho, retrocediendo ante los golpes de las mujeres—, no quiero acusaros sin razón, pero siempre que paso por esta plaza escucho cuando alguien se queja de que ustedes los saludaron y luego se les perdió la cartera o la cámara de vídeo. Además, os vi en un programa de televisión. Os filmaron con cámara oculta. Sois famosos en toda España.

—¡Hijo de puta, mi brazo! —gritó de nuevo el chico.

—¿Salimos en la tele? —dijo una de las mujeres y en el acto todas dejaron de golpear a Simao.

—Sí —contestó él, dando más pasos hacia atrás, y dudando seriamente si debía escapar.

—¿Hablaron mucho? —preguntó otra persona del grupo.

—Un buen rato. Casi cinco minutos.

—¿Sabes si fue en la Uno, en la Dos, o en Telemadrid? —miraron afectuosamente a Simao—. Estaría bien grabarlo.

—No lo recuerdo, la verdad, pero os dedicaron un trozo muy amplio del programa. Era un reportaje sobre la delincuencia contra los turistas; pero en *You Tube* conseguirán el vídeo, seguro... —Simao no pudo terminar la frase porque el muchacho hizo un intento por soltarse así que tuvo que apretarle el brazo hasta que sintió un pequeñísimo crujido.

—Bueno, chaval. Hagamos un negocio, yo no llamo a la policía, yo no pregunto por la cámara digital, por los abrigos, pero estaría bien que al menos apareciese la cartera.

Las mujeres seguían comentando el tema del programa de la tele y una de ellas propuso averiguar cuándo había aparecido el reportaje. De alguna parte cayó al suelo la cartera de Henry. Simao la cogió con velocidad y lanzándose hacia la plaza con grandes zancadas verificó que todavía estuviesen el dinero y las tarjetas de crédito.

—Vámonos de aquí —arrastró a Henry por la calle Mayor.

El muchacho los persiguió un rato, insultándolos, diciéndoles que lo dejaran trabajar en paz, que se fuesen a la mierda, extranjeros de los cojones.

Simao propuso caminar, pero Henry exigió tomar un taxi. Se subieron al primero que pasó y quedaron silenciosos. La ciudad se deslizó por las ventanillas como un cristal rayado.

El calor se clavaba en la piel y resonaba sobre el asfalto como un zumbido de abejas.

—¿A dónde vamos? —preguntó el taxista y Simao miró a Henry con gesto interrogativo.

—A alguna librería... Me gustaría echar un ojo. Una buena librería. La mejor. Debo aprovechar que ahora estoy aquí. Allá nos llegan muy pocos libros de fuera.

Simao indicó una dirección. Le parecía recordar que había allí una librería muy grande. Ignoraba si era buena porque hace mucho que no podía permitirse ciertos lujos, pero cada vez que pasaba por ese lugar atisbaba plantas y plantas atiborradas de volúmenes de colores vivos.

El calor apretó un poco más. Madrid parecía encogerse con los brochazos de luz que saltaban desde el cielo. En algunas calles, los edificios parpadeaban tras una capa incandescente.

El taxi avanzaba como un insecto agónico bajo el sol.

Henry prefirió no comentar a Simao por qué deseaba esas fotos. Días atrás vio que sus compañeros escritores se tomaban fotos en los monumentos más importantes de la ciudad enfundados en abrigo y bufandas para que resultase obvio que habían estado en Europa. Luego utilizaban esas imágenes en las solapas de sus libros. Fotos que debían ser invernales, ferozmente invernales, porque de otro modo los lectores podrían pensar que se trataba de un montaje y que en realidad se encontraban en el Caribe. La bufanda, por el contrario, otorgaba un toque cosmopolita, muy Cortázar, muy García Márquez en París.

Pero después del desvanecimiento, Henry prefirió olvidar las fotografías. Le dolía el cuerpo y en el fondo le hubiese gustado ser él quien se enfrentase al grupo de carteristas. Desde siempre le encantaba la idea de ser un tipo decidido, pero las pocas veces que siendo niño participó en una pelea terminó en el piso comiéndose las patadas de los otros. Unas palizas que nunca olvida porque su pueblo era tan tedioso que cuando los muchachos lo golpeaban sin misericordia no decían ni una frase. Lo machacaban en silencio. Bostezando.

El único modo en que lograba imponerse a los matones del colegio era a través de las redacciones de castellano. Le quedaban muy bien, sus profesores las alababan mucho; alguno le dijo que podría ser escritor y conseguir que en un futuro la biblioteca del barrio llevase su nombre.

Esa idea acompañó a Henry siempre como una posibilidad. Escribir era una forma de protegerse, de enfrentarse a los otros, de poseer una serena grandeza. Pero fue a los dieciséis años cuando conoció a una muchacha que le gustó mucho. Una joven de amplias carnes y cabellera corta que le comentó que ella era el miembro más joven de la Asociación de Escritores de la ciudad. Henry se hizo amigo de ella. Asistió a algunas reuniones donde se discutían temas de cuotas, alquileres, proyectos para construir una piscina, libros que nunca llegaban a publicarse y mucho menos a escribirse.

En la pequeña ciudad de provincia donde vivía Henry ocurrían pocas cosas. Casi ninguna. Una vez hubo un incendio en el depósito central de maíz. Los bomberos lo apagaron y once años después se seguía hablando del tema. Pero Henry se aburría y la Asociación era un momento de sosiego y distracción en medio de esas tardes de mosquitos cuando las personas se juntaban alrededor de un ventilador a comentar el incendio ocurrido tiempo atrás.

Henry pasó muchas horas con la muchacha. Un día le preguntó qué autores frecuentaba y la chica contestó que solo había leído dos libros en su vida: un ensayo sobre Neruda y una novela de Blasco Ibáñez. Pero no voy a leer más, así evito influencias sobre mi propia obra. Quiero hacer una larga novela contando el incendio que tuvimos.

A Henry no le pareció una respuesta adecuada pero descubrió que él tampoco leía demasiado. En su casa solo tenían una enciclopedia repleta de cagarrutas de mosca; y un par de libros de tapas color hueso.

Henry comenzó a frecuentar la destartalada biblioteca de la calle Independencia. Como podía, iba adivinando autores, novelas, hasta que se encontró con *Madame Bovary*. Quedó deslumbrado. Lloró al presenciar tan de cerca la vida gris de esa mujer que desfallecía en una ciudad miserable a la espera de un universo distinto. Se aprendió de memoria capítulos enteros; estudió con papel y lápiz cada línea, cada manera que tenía el narrador de aparecer en la historia, cada forma de armar la trama.

Decidió que él tenía que hacer algo grande. Algo poderoso en la escritura.

Una mañana mientras se daba una ducha le llegó la inspiración. Corrió a su máquina de escribir:

Henry me llamo nombre ¿qué es un nombre? esta tarde tendré calor esta tarde mozo póngame la copa rota quiero sangrar gota a gota el veneno de la ciudad la asociación y las cuotas y ninguno Madame Bovary y mi trascendental obra obra obra huir hasta cuándo vamos a hablar del incendio en esta ciudad de mierda carajo incendio incendio.

Así, Henry se extendió quince páginas. Descubrió que de ese modo su escritura le permitía un acceso casi directo al pensamiento del personaje y una intervención mínima o casi inexistente del narrador. Henry comprendió algo: había superado a Flaubert y a ese narrador suyo que en *Madame Bovary* parecía tan cerca de los pensamientos de Emma.

Lloró de emoción.

Esa tarde, cuando los miembros de la Asociación se reunieron para discutir unas reformas en los baños, Henry alzó la mano y con voz firme aclaró que acababa de inventar una nueva técnica literaria. Se hizo un silencio y solo se escuchó al fondo el mugido de las vacas.

Henry leyó sus folios. El rostro erguido, las manos firmes sujetando los papeles. Cuando concluyó un aplauso conmovedor inundó la sala. Lo rodearon, le dieron palmadas en la espalda, la muchacha más joven le estampó un beso lleno de halitosis.

La Asociación decidió pedir una cuota especial que permitiese a Henry viajar a la capital del país y mostrar esa técnica suya a la que él llamo: «Conciencia directa de Henry».

Tomó un autobús, se despidió de sus padres, y al llegar a la capital intentó precisar cuál era el escenario más adecuado para anunciar su descubrimiento. Excluyó la Asociación de escritores del lugar porque la imaginó parecida a la que él frecuentaba; excluyó las universidades porque supuso que le robarían su idea.

Una tarde, escuchó en la radio un programa en el que se recomendaban novelas. Un hombre llamado Saúl Junco explicaba brevemente la anécdota de cada uno de ellas y realizaba una valoración. Henry pensó que era esa la solución perfecta. Anunciaría en la radio su descubrimiento y luego convocaría una rueda de prensa para facilitar más detalles.

Averiguó sobre Junco. Supo que era un autor correctamente recibido por la crítica. Eso confirmó su proyecto. Lo abordó a la salida de la radio. Se sorprendió al notar la sonrisa escéptica de

aquel hombre y le pidió que le dedicase cinco minutos. Por eso no hay problema, le contestó, tengo tiempo de sobra.

A Henry le incomodó el tono de Saúl. Le incomodaría siempre. Esa especie de afectuosa compasión, de amable solidaridad.

Se sentaron en un cafetín. Para romper el hielo, Henry habló un buen rato de Flaubert. Saúl lo escuchó, aportó algunas ideas, mencionó otros libros de Flaubert que Henry desconocía. Luego Henry extrajo sus folios de una carpeta y comenzó a leer. Se le quebraba la voz. Era la primera vez que un escritor de verdad oía su obra.

—Henry, ¿te gusta el cine argentino? —interrumpió Saúl.

—No lo sé... ¿Libertad La Marque? —contestó Henry.

Nuestro personaje miró a los lados, trató de descifrar lo que Saúl insinuaba, pero tuvo que admitir que no comprendía a qué venía ese comentario. Prefirió continuar con su lectura. Notó que algo ocurría porque Saúl le prestaba atención pero no parecía encandilado, sorprendido, ni siquiera perplejo. Cuando Henry terminó su lectura respiró hondo y murmuró:

—Es una técnica que se me ocurrió cuando me echaba champú de fresa en el cabello.

Saúl suspiró. Le preguntó de qué lugar del país venía. Henry se lo dijo y luego pidió que le permitiese anunciar su descubrimiento en la radio.

—Henry, tu texto está bien. Pero creo que tienes que informarte un poco más.

—¿No es original?

—Esa palabra es tan complicada. No sé si en la literatura importa ser original. No sé si en la vida importa. Lo que te ocurre a ti lo acabo de ver en una película en la que la gente de una remota aldea argentina...

Hablaron un rato más. Henry regresó al hotel y escribió un telegrama a la muchacha de la Asociación de escritores:

Hola (coma) coñoemadre hijoputa irlandés adelantóseme técnica innovadora (punto) Un tal James Joyce (punto) Lo mío mejor pero lo de él antes (punto) Dicen que hace ochenta años (coma) debe ser mentira (punto)

Se dio cuenta de que su problema era el aislamiento. Vivir en aquella ciudad lejana, aplastada por el sol, arrasada por las lluvias, oyendo el canto de los grillos y las historias interminables sobre ese incendio del depósito de maíz, aniquilaría su feroz, su inabarcable talento. Debo salvarme, debo huir. LA OBRA, CARAJO. MI OBRA.

Saúl le facilitó montones de novelas, especialmente de los autores del Boom. Henry quedó deslumbrado. Subrayó cada línea interesante, repitió en voz alta los mejores capítulos (todavía hoy, aunque Henry no haga ningún esfuerzo por recordarlo, sus lecturas siguen fielmente las listas que Junco le sugirió alguna vez). En esos días, nuestro personaje recitó en alta voz aquellas narraciones que le resultaban oscuras pero que poseían ese resplandor genial que palpita en todo lo que no se comprende a plenitud.

Una noche, después de visitar una exposición de artes plásticas, se descubrió imaginando una historia que también era un dibujo.

Se levantó y escribió varias líneas en una libreta:

El incendio de r  
n  
u  
m  
b  
o  
el t e c h o.

El depósito de maíz desapareció en pocos segundos y los bomberos no pudieron hacer nada hasta que llegó la

// // // //  
u u u u  
v v v v  
í í í í  
a a a a

Y el h u m o subió hasta el cielo  
un cielo donde brillaba el sol y donde flotaba  
una nube con forma de

árbol árbol  
árbol árbol  
árbol árbol árbol  
árbol



Marcó el número de su amiga de la Asociación de escritores y le comentó que ahora sí acababa de inventar un nuevo tipo de técnica. Ella parecía dormida y le pidió que hablasen al día siguiente. Henry llamó a Saúl. Su amigo pareció molesto, le dijo que después de medianoche no era posible llamar sin anunciar una catástrofe, una muerte, un dolor suicida. Henry leyó y describió lo escrito y le dijo que ahora sí que había acertado de lleno inventando una técnica en la que se exploraban las posibilidades plásticas y visuales de las palabras. Un recurso que él acababa de bautizar como «Henrygrama».

Saúl suspiró. Habló cinco minutos.

A la mañana siguiente Henry escribió un nuevo telegrama a su amiga.

Otro extranjero mierda robome idea técnica novedosa (punto)  
Antiguos griegos y también Vicente Huidobro (punto) Coño-  
madre (punto) Ojalá le abran la barriga navaja vengadora o  
fallezca incendio depósito maíz su mierda pueblo chileno  
(punto)

Las semanas siguientes Saúl le prestó algunas novelas hispanoamericanas en las que también se utilizaba esa técnica, y Henry comprendió que era muy cansando inventar la literatura del futuro. Resultaba mejor emplear con pericia lo que ya existía, hundirse en el alma humana, extraer de las palabras su jugo más profundo y crear las más poderosas, las más feroces historias.

Comprendió que la escritura lo seguía protegiendo. La escritura lo envolvía y le servía de escudo. Y así había seguido viviendo hasta hoy. Con esa lucidez.

Pero en algunas ocasiones añoraba la fiera de un gesto concreto, la agilidad de una acción. Algo como lo que acababa de vislumbrar en la Plaza Mayor de Madrid cuando Simao se comportó como un Bogart y logró recuperar su cartera de una manera tan natural.

Henry se sintió agradecido. De no ser por Simao su OBRA, MI OBRA MAGNA, LA GRAN OBRA, habría muerto antes de nacer, disecada sobre el suelo de la Plaza Mayor, y ahora estaría pobre como una rata de cañería. Además se encontraba convencido de que Simao no podía ser un espía. Alguien que

lanza cacas de perro al balcón de una vieja es un loco, pero no un agente del imperialismo.

Decidió dedicarle alguna de sus novelas futuras. Pensaba comentárselo cuando al bajar del taxi vio a Saúl Junco con el rostro pegado a las vidrieras de la librería. Carajo. El propio Saúl Junco. Diez años después de que se conocieron. Junco en Madrid. Un Saúl Junco envejecido, con las menorquinas rotas, cara de hambre, ojos hundidos y una guitarra destartada.

Henry se detuvo; justo hace unos segundos pensaba en él, qué casualidad, murmuró, aunque lo cierto es que siempre pensaba en él, cada día, cada hora.

Debía saludarlo. Tenía pésimas referencias sobre Junco. Las conocía muy bien porque era él mismo quien las había propagado. Era uno de esos podridos intelectuales que hablaban pestes del Proceso y del Comandante. Pero Henry tampoco podía olvidar que habían sido amigos alguna vez. Quizás puedo hacerlo recapacitar, que comprenda que su lugar está al lado de nosotros, de los que queremos salvar al planeta entero.

Henry sonrió de medio lado y extendió su mano.

—Qué sorpresa verte por aquí —mintió—. ¿Es cierto que ahora cantas en el metro?

Saúl Junco lo miró sorprendido, luego se echó hacia atrás, comprimió los labios. Está emocionado de verme, después de todo, esos iniciales años de afecto..., pensó Henry y cuando abrió los brazos para fundirse con su antiguo compañero, recibió un escupitajo en medio de la boca.

Se llenó de odio. Quiso reaccionar, lanzar un golpe, pero Junco lo miró con ojos turbios y le lanzó un nuevo escupitajo que le golpeó en medio de la frente. Le pareció que Junco tenía rostro de loco, nudillos de loco, puños de loco, pies de loco.

—Y parece que está lloviendo —comentó Henry a Simao limpiándose los dos salivazos de la cara.

## 6

### Minka tiene en sus ojos tristes

Alejandro planeaba suspender la comida con Candelaria. Lo aburría. Su mujer lo mataba de aburrimiento. Era verla y tener que reprimir los bostezos, las náuseas, el dolor de cabeza. Le diría que tenía otra reunión. Otra más. Pero no. Demasiadas reuniones falsas. Además necesitaba que firmase unas órdenes de pago. Vaya mierda. Tendría que buscarla y compartir con ella dos horas de tedio profundo.

Le pidió a su secretaria que lo llamase en hora y quince minutos y le dijese que había un problema con la importación de algunas etiquetas. Eso era. Se montó en su coche y pisó el acelerador. Le encantaba que la ciudad fuese un vapor deslizando por sus ojos. En pocos minutos llegó a la calle General Juan de Yepes. Miró extasiado su edificio, el piso que acababa de comprar. Joder, de puta madre vivir allí, como un rey, como un emperador, coño. Trató de aparcar y contempló en la acera al tipo que en la mañana estaba vomitando en el hotel. Qué suerte la suya. Este cretino parecía seguirle los pasos. Ahora mismo caminaba con otro tipejo que Alejandro había visto algunas veces por el barrio con un mazo de madera. Qué asco. De qué servía vivir en una de las calles más caras de Europa si cada tanto había que tropezar con estos esperpentos llegados de lejos. Tal vez debería llamar a la policía y denunciarlos por robo. Pero seguro los soltaban a las pocas horas. Tan sencillo que sería habilitar aviones y limpiar esa basura, lanzarlos al mar, devolverlos a sus cayucos, regalarles un plátano y venga, a casa de nuevo, gilipollas. Al Caudillo no le habría temblado el pulso. Otro como él hacía falta, joder.

Marcó el número de Candelaria. Que bajara, que él ya estaba esperándola. Los dos esperpentos se quedaron junto al coche de Alejandro. Miraron el *Ferrari* con admiración y a él le apeteció darles una patada y alejarlos. El que había vomitado en la mañana no dejaba de frotarse el rostro, como si quisiera quitarse la piel. Un par de locos. Seguro que estaban locos. A lo mejor Alejandro podía llamar a algún psiquiátrico y los recogerían. Pero no. Recordaba que antes de comprar el piso averiguó si podía declarar demente a Candelaria y encerrarla en un manicomio; le explicaron que a las personas con perturbaciones mentales ahora no las encerraban sino que les hacían tratamientos ambulatorios.

Candelaria apareció junto a él. Hola, mi niño. Alejandro contó hasta quince. Cada vez que le decía «mi niño», él sentía que las uñas se le llenaban de tierra y de patatas, le parecía que en la cabeza la aparecía un sombrero de mago tinerfeño. Tantos años en Madrid y a ella no se le quitaba ese puto acento. ¿Por qué no podía hablar normal, como él había aprendido a hacerlo, como tantos miles, millones de madrileños lo hacían, sin todas esas eses, sin esos cantaditos insulares?

Encendió el coche. Vio que Candelaria contemplaba a los dos mamarrachos. Qué guapo, dijo ella, se parecía mucho a un San Francisco de Asís que había en la iglesia del pueblo; un santo que tenía un rostro bellissimo y con el que ella había soñado muchas veces. Alejandro no comprendió a qué se refería. ¿De qué hablaba? Qué era muy guapo ese muchacho rubio. Alejandro vio que se refería al del mazo de madera. Y el otro también tenía su punto, murmuró ella, un punto muy étnico, algo a lo San Martín de Porres, con algo de buena ropa quedarían muy guapos los dos. Alejandro arrancó a toda prisa. Soltó una carcajada. ¿No los habías olido? No. Olían a vómito, mujer. Candelaria abrió mucho los ojos, luego sonrió. ¿No estaría él celoso, verdad?

Alejandro tuvo que detenerse en una esquina para reír. Una risa que se convirtió en carcajadas y que luego le produjo un ataque de tos. Sí, Candelaria, eso era, él se moría de celos cuando ella decía esas cosas. Venga, vamos, que firmara esas órdenes de pago, y luego comieran cualquier cosa porque le habían advertido que tal vez hubiese un problema con unas etiquetas.

Ella se empeñó en ir a un restaurante de comida canaria en Cava Alta. Alejandro pidió una ensalada mientras ella despachaba unas papas con mojo verde, un gofio escaldado y un cherne. Candelaria aprovechó para comentarle algunas de las últimas actividades en las que estaba implicada junto con el sacerdote del que se había hecho amiga. Alejandro la oyó con fingida paciencia. La aparición del cura había coincidido con el abandono del proyecto de tener hijos. Uno de esos caprichos de su esposa que Alejandro había resuelto con lucidez. Ante los primeros embates de Candelaria, Alejandro imaginó su nueva casa, su Tàpies, su Barceló, su Juan Gris, sus lámparas Milá recorridas por dedos infantiles llenos de mantequilla y mermelada. Sin dudarlo, acudió al médico y se hizo una vasectomía. Pasado un tiempo, Candelaria le habló de las adopciones, de las niñas nigerianas que comenzaban a llegar a España. Alejandro palideció. Su mujer hablaba de niñas, era claro que pretendía traerse a varias. Los dedos de mermelada y mantequilla serían africanos. Su apartamento sería ultrajado por niños que ni siquiera tendrían su ADN. Buscó apoyo con algunos psicólogos. Les preguntó qué se necesitaba para ser elegible y conseguir una adopción. Siguió sus instrucciones paso a paso pero cambiando algunos detalles. En la primera entrevista explicó que su intención era salvar del hambre a dos o tres niñas. Él era alguien muy bondadoso, nada le costaba compartir cualquier plato que sobrara en la nevera y hasta una pequeña habitación de la casa con muchachas que le deberían eterna gratitud. Cuando vio que los trabajadores sociales alzaban una ceja aprovechó para comentar que tenía entendido que los nigerianos trabajaban con mucho ahínco así que cuando las niñas tuviesen doce años podría incorporarlas a la empresa cargando bultos, clasificando ropa, colocando etiquetas. Cada vez era más difícil conseguir personal, remató. Candelaria palideció al escucharlo y él fingió decepción cuando les llegó esa carta en la que con palabras educadas los mandaron a la mierda.

Unos meses después volvieron a intentarlo. Esta vez, Alejandro preguntó si las niñas hindúes por las que optaban podían ser un poco menos cobrizas de lo normal. Lo lógico es que se pareciesen un poco a él, y como podrían advertir, él era prístinamente blanco, de hecho su plan era ocultarles siempre

que eran adoptadas y decirles que sus ojos rasgados eran producto de una mutación genética que se producía en su familia cada cien años y que inhabilitaba para estudiar. Porque, ¿no sería necesario que él les pagara estudios en la universidad? Seguro que cocinarían muy bien. A él le encantaba la comida hindú. Nada debía ser mejor que probar un pollo tikka massala preparados por manos nativas a las que previamente debía explicárseles que en España la antropofagia no estaba bien vista.

Volvieron a descalificarlos. Candelaria no le habló durante un par de meses. Luego se le olvidó la furia y se incorporó con tesón a las actividades de un cura. Alejandro pensó aliviado que Candelaria había adoptado al cura, y que después de todo los curas no manchan los muebles con sus huellas. Aparte de eso, nunca coincidían. Cada vez que sabía que el sacerdote se acercaría a casa, Alejandro se largaba a la oficina aunque fuese fin de semana.

Sonó el móvil. Alejandro supuso que era su secretaria con la excusa de las etiquetas. Se preparó para marcharse a toda prisa, pero su secretaria le comentó que en quince minutos lo esperaba alguien de la agencia de publicidad. Alejandro resolvió furioso. ¿Desde cuándo los que trabajaban para él le colocaban horarios? Que esperaran, que se jodieran.

Soportó a Candelaria media hora. Luego le advirtió que debía mirar la campaña publicitaria del otoño y se largó.

Al llegar a su despacho pidió un cortado. Lo bebió con calma. Luego pidió unos trozos de mango. Los comió con lentitud. Se lavó las manos, se peinó, puso unas gotas de colonia en su camisa y le dijo a su secretaria que hiciese pasar a la persona de la agencia.

Sintió un pinchazo en el pecho y otro en la ingle cuando vio a una rubia irrepetible entrar a su oficina. Era alta, llena de curvas, con una boca sugerente, mullida, roja. Tenía largas pestañas, uñas pintadas y delicadas manos; tetas redondas, grandes, erguidas; un trasero alto, soberbio, una piernas tersas, carnosas, exactas. Le indicó que se sentara. Luego le pidió que esperase unos minutos. Se escondió en el baño y llamó a Willy. Él no había pedido a nadie más por el día de hoy. Willy contestó que no había enviado a ninguna mujer. Alejandro insistió en averiguar si el hembrón que lo aguardaba no tenía

relación con Willy y sus muchachas. Que no, pero que si estaba demasiado buena no dejase de recomendarle que pasase por la productora, que siempre estaban haciendo *castings* para nuevas películas de Internet. Alejandro contestó que no se equivocase, que él era cliente de Willy, que no trabajaba para él. Luego colgó.

Alejandro regresó a su asiento. La mujer lo miró con firmeza:

—Hola, me llamo Minka —dijo con voz ronca.

Alejandro descubrió que le sudaban las manos.

## 7

### Treinta segundos

El Henry me pareció un poco desquiciado.

Primero fingió que estaba lloviendo cuando un tipo en la calle lo escupió dos veces. Al rato, mientras regresábamos a casa, me preguntó por qué no lo había defendido. ¿Defendido de la lluvia?, me apeteció decirle. A lo mejor Henry pensó que yo era su guardaespaldas. La gente se confunde. Luché por su cartera porque quería cobrar el dinero de las fotos y pensé que el ladrón no llevaba compañía. La saliva en la cara de otros no es mi problema.

Pero no dejé de meditar algo. Fui uniendo detalles. La costosa camisa que llevaba en la mañana; la tarjeta dorada que descubrí en su cartera; los dos salivazos que un paisano le lanzó al verlo. Henry seguro estaba vinculado al gobierno de mi país y era uno de esos enchufados que manejan buenos viáticos, cuentas secretas, excelentes contactos.

Muy interesante.

Yo tenía que rescatar a mi familia de la vida infecta y asquerosa que compartíamos. A lo mejor Henry podía echarme una mano. Conseguirme un trabajo sencillo. Algo. Una asesoría. Ahora existían miles de asesores. Podía asesorar en algo. No sabía muy bien en qué. Pero un asesor es una persona que cobra un sueldo sin comprender nunca exactamente qué se espera de él. Con un buen sueldo podría alquilar un pequeño apartamento para vivir con Yasleitzi, mi ricura tropical, y también conseguiría otro apartamentico para el resto de la familia, un lugar donde no tuviesen que dormir en colchones en el suelo y apretados en una misma habitación.



Porque tiempo atrás nosotros fuimos una bella gente. Una familia sin historia, opaca, apacible, como debe ser. Mi padre, Simao dos Santos, emigró al Caribe en 1950, en un viaje que lo llevó desde Oporto en medio de un barco que se balanceaba y desde el que se dedicó a vomitar cada cinco minutos con energía y buen humor. A los cinco años de estar asentado en su nuevo país conoció a mi madre, Inmaculada Torres y se casaron. Trabajaban unas diecinueve horas al día, y al dormir, papá aprovechaba los sueños para seguir pensando en todo lo que debía hacer a la mañana siguiente. Tuvo primero una casa de comidas, luego compró un restaurante, luego una cervecería, luego un hotel, luego una panadería, luego una venta de pollo en brasas, luego otro bar, luego un supermercado. Cuando Eugenio y yo crecimos, mi padre ya era dueño de todos los negocios de una calle situada frente al mar.

Como había envejecido solo trabajaba dieciocho horas.

El día que cumplí quince años mi padre decidió tomarse por primera vez en la vida unas vacaciones. Fuimos a un hotel de montaña cuatro días, pero esa misma tarde debimos regresar porque papá tuvo noticias de que los empleados abrieron el negocio con siete minutos de retraso.

La vida era apacible. Normal. Escuchaba a veces a mi padre encerrado en la oficina con alguna de las trabajadoras. Hablaban de temas del negocio. Y entre las cuentas de los ingresos del último mes, se escuchaban los mugidos eufóricos de papá.

Supe que la sangre del país producía esos efectos en la familia. Mis tías llegaron de Portugal casadas con paisanos, pero al poco tiempo las encontré debajo o arriba de algún pescador, de algún calatero del puerto, mordiéndose la mano para que no se escucharan los gemidos.

Mi familia vino a este país a desnudarse, pensé, y me pareció natural que yo también lo hiciera. Pero una noche escuché cerca de la venta de pollos una voz familiar, una especie de llanto desgarrado. Vi a mi madre desnuda acorralando a uno de mis compañeros de clase y dándole tales embestidas que el pobre chillaba de dolor y placer. Eso me preocupó. No era mi familia portuguesa, era mi familia entera la que deseaba fornicar las veinticuatro horas. Lo de mi madre me deprimió. Mi madre. Mi propia madre. Hasta ese momento pensaba que mamá habría

tenido con mi padre dos o tres relaciones sexuales. Solo las justas para que Eugenio y yo viniésemos al mundo. Lo suponía porque ambos tendrían que vivir cansados después de tanto trabajo, pero ya me daba cuenta de que sus rígidos horarios incluían alguno que otro momento de solaz. Era horroroso. La imagen que yo utilizaba en la playa para que bajasen mis erecciones era imaginar a mis padres follando. Me parecía asqueroso, de mal gusto. Qué duro. Porque además lo menos que se espera de la vida es poder asumir que la propia madre es pura, que uno también es una suerte de Jesucristo. Me agradaba imaginar que una noche mamá se encontraba cargando sacos de harina de trigo y que justo en ese momento se le apareció un ángel para decirle: Inmaculada, serás madre, pero si no cuentas este milagro y tu hijo no se comporta como un idiota puede que no lo crucifiquen.

El descubrimiento de mi madre lujuriosa cambió mi vida. Las madres de los otros eran prístinas. La mía no. Ya empezaba a comprender por qué a mis compañeros de clases les encantaba estudiar en mi casa, por qué les fascinaba asistir a mis fiestas de cumpleaños. Decidí hacerme célibe. Compensar con mi pureza el desenfreno del resto de mis familiares. Lograr a través de mí el reequilibrio del mundo. Que follen ellos.

Lo único que podía sustentar mi pureza era inscribirme en un gimnasio y atracarme de esteroides, así que me dediqué durante horas al fisioculturismo. Yo no comprendía esa vida: horas y horas dedicadas a volverte un monstruo musculoso, pero la fe en algo inútil nos exonera del sexo. Si tienes fe no estás obligado a escuchar los huracanes de tu cuerpo. Sucedió entonces que descubrí algo: yo le gustaba a las mujeres. Las chicas del gimnasio me buscaban, las señoras un poco mayores también se volvían sonrisas y manos largas acariciándome las piernas, los hombros, los brazos. Me miré en el espejo. Soy buen mozo, comprendí. Mi celibato se complicaba. A los feos o a los corrientes se les da el celibato con cierta holgura, con una facilidad que excluye cualquier mérito. Pero yo con mis cabellos rubios, mi rostro pétreo, mis ojos claros, mi cuerpo flexible, fibroso, como el de esos hombres de los cuadros de Rubens, lo tenía muy difícil.

Perdí. Las muchachas de mi calle fueron seduciéndome, sube un momento, vamos a estudiar, acompáñame a la playa a buscar algas, llévame al cine, dame un masaje en esta rodilla

que me duele. Una y otra vez terminaba desnudo encima de ellas, infringiendo mi promesa, conteniendo las ganas de llorar por no poseer la fuerza de voluntad que me permitiese ser distinto a mis padres y mis tías.

Lo extraño es que muchas mujeres nunca más volvían a buscarme. Se conformaban con esa primera vez y luego evitaban conversar conmigo o no contestaban mis llamadas de teléfono. Eso me dio excelente fama entre los muchachos de la zona. Simao no repite, Simao llega, copula y se marcha. Pero en algunas ocasiones yo no quería marcharme. Algunas de esas chicas me gustaban.

Una mañana de sábado escuché ruidos en la oficina de mi padre. Me asomé por la puerta entreabierta como había hecho otras veces. Una mulata divina discutía con mi viejo. Al parecer él le proponía que hiciesen inventario con ella acostada en el sofá. La chica lo amenazó con el puño y mi padre decepcionado le pidió que se marchase.

Cuando la vi fuera recordé que era una de las empleadas de la venta de pollos. Una muchacha delgada, piel de melaza, andares gráciles. Ella se acercó a mí.

—Escuchaste lo que estaba pasando, ¿verdad?

Dije que no con la cabeza.

—Claro que sí, me di cuenta cuando te asomaste.

—Perdona.

—Tu padre me agrada, la verdad —aclaró ella—, pero no quiero nada con él. No quiero nada con él porque quien me gusta eres tú. Tienes unos ojos muy lindos. Creo que los sacaste a tu madre. Qué ojos tan bellos tiene esa señora.

Sonreí. Tampoco me sorprendían demasiado ese tipo de frases. De tanto en tanto las escuchaba. Nos fuimos a la playa. Pasamos la tarde juntos.

Esa noche anuncié en casa que me casaría con una chica llamada Yasleitzí.

Se armó un follón. Los planes de mi padre era que yo buscara una novia en Oporto que trabajara intensamente en nuestros negocios. Yo dije que no pensaba discutir el tema.

Hablé con Eugenio antes de acostarme. Le pregunté si él sabía que era posible follar por más de treinta segundos.

—Eso me dijo alguien una vez. Debe ser una leyenda —sonrió con gesto cínico.

—De verdad... Yo hasta ahora vivía unos treinta segundos espectaculares con las mujeres. Era increíble lo bien que lo pasaba ese medio minuto. Pero hoy, hoy ha sido maravilloso. Creo que con Yasleitzi duré cuatro minutos enteros, la primera vez. Y luego la segunda, porque aunque no lo creas hubo una segunda, duré casi diez minutos, y al final ella hizo algo muy extraño que jamás había visto en ninguna otra muchacha: gritó y me arañó. Parecía muy feliz, yo nunca había visto una mujer tan feliz.

—Muy bien, muy bien —murmuró Eugenio y se marchó con una sonrisa que me pareció malintencionada.

Estoy convencido de que la ignorancia es el camino de la felicidad rotunda. Sospeché que algo anormal ocurría. A lo mejor Yasleitzi era una obsesa sexual. Leí. Leí varios libros que conseguí en la biblioteca (en casa mis padres prohibían cualquier libro referido a temas sexuales), y al parecer lo de mis treinta segundos no era correcto. Qué vida tan cansada. No solo había que desnudarse enfrente de una extraña sino que había que durar mucho rato desnudo. Me confirmé en la idea del matrimonio. Mejor tener siempre cerca a la misma persona. Me casé. Pero cuando estaba en la universidad de nuevo las compañeras de clase me requirieron, me montaban celadas, me llevaban a sus habitaciones. Probé con dos de ellas. Ya sentía mayor seguridad pues con Yasleitzi era capaz de durar horas haciendo el amor.

Fallé con la primera. Treinta y dos segundos. Desde el lecho murmuré con voz espesa: Lo bueno, si breve, dos veces bueno, pero se levantó malhumorada y comprendí que no había leído a Baltasar Gracián. Con la segunda hubo más suerte. La chica me invitó primero una botella de *Don Melchor de Concha y Toro* de 1991, y aquel vino chileno despertó en mí una fiereza desconocida. Estuvimos retozando una tarde.

Comprendí que solo Yasleitzi o el vino *Don Melchor* sacaban lo mejor de mí.

No sirvió de mucho, la verdad. Lo mejor de mí luego significó bastante poco. Pero esa es otra historia que no tiene que ver con mis orgasmos.

Tiempo después nos alcanzó la ruina. Ahora mi familia y yo vegetábamos como ratas en un tugurio de la calle General Juan de Yepes. Un largo camino para tanta miseria. Por eso

pensé que Henry era una vía posible para restablecer aquella antigua bonanza que vivió la familia Dos Santos, y para yo recuperar al menos un poco de ese brillo, de esa elegancia que tuve alguna vez cuando era capaz de afeitarme o sacarme granos de la cara paladeando las voces de Maria Callas.

Mientras yo pensaba estas cosas una pareja en un *Ferrari* se nos quedó mirando. No les presté atención. Calculé que con algo de suerte conseguiría que Henry me invitara a comer. Lo insinué varias veces. Pareció no darse cuenta. Luego me dijo que debía marcharse a su hotel. Tenía que escribir. Le pedí que nos viésemos en la noche. Dijo que le parecía bien y luego subrayó que debía trabajar su obra.

Alcé los hombros confuso. A mi lado vi pasar a la señora Mary Carmen. Me despedí a toda prisa. Subí a casa. Tomé el bate. Cuando comprobé que la vieja ya estaba en casa comencé a golpear el piso. Una y otra vez. Como una gota china.

En mi boca, como una nostalgia, como un reino perdido, creí reencontrar el sabor de aquel vino chileno que me había hecho tan feliz.